

La lógica de la exclusión del mercado capitalista mundial y el proyecto de liberación.

Durante de las décadas de los 70 y 80 se nota en América Latina con mucha claridad la creciente tendencia a una lógica de exclusión del mercado capitalista mundial. El desempleo deja de ser cíclico, sino resulta estructural a largo plazo con tendencia creciente. Siendo estructural, este desempleo desembocó en el surgimiento de un creciente sector de productores marginados, que hoy en día se llama muchas veces sector informal.

Se trata de una tendencia, que es notable en todo el tercer mundo y que se da, aunque en niveles menores, también en los países que anteriormente eran socialistas y en el propio primer mundo.

En América Latina se puede analizar esta tendencia a la exclusión a partir de las políticas de desarrollo, sus crisis y su sustitución por la política económica neoliberal. Se trata de un proceso, que subyace a un cambio de la cultura latinoamericana hacia la constitución de una cultura de la desesperanza, que hoy en día penetra hasta las cimientos de la vida económica, social y cultural del continente.

Nuestro análisis parte, por tanto, de la problemática del desarrollo de América Latina.

I. Las etapas del desarrollo económico.

Hay un corte claro en el desarrollo después de la II. Guerra Mundial. Este está dado por el paso de la economía de desarrollo (substitución de importaciones, desarrollismo) hacia la economía de exportación (desde 1982 economía del pago de la deuda). Este corte marca el fin de una determinada política de integración económica (ALALC, Pacto Andino, Mercado Común Centroamericano). En el curso de los años 80 aparece un tipo diferente de integración (Propuesta sobre la Cuenca del Caribe, Zonas de libre Comercio)

a. El desarrollismo de los 50 hasta los 70.

Se inspira en el Estado de bienestar, como está surgiendo en Europa Occidental (sobre todo Bélgica, Suecia, Alemania Occidental). Ve el desarrollo como desarrollo industrial, del cual se espera, que arrastre consigo una fuerza de trabajo siempre mayor, aumentando

con el crecimiento económico los salarios (los ingresos bajos). Hay política de redistribución de ingresos y nuevas leyes sociales (educación, salud, seguro de vejez, programas de vivienda popular). Se intenta trasladar a América Latina todo el capitalismo de reformas, como estaba surgiendo en Europa Occidental, implementando esta política por una industrialización por substitución de importaciones, fuertemente impulsada por organismos públicos de planificación y por inversiones públicas (energía, acero, cemento, petróleo).

Un esfuerzo de este tipo hacía sentir la dependencia de los países del centro. El desarrollo se entendía como independencia (integración condicionada y activa en el mercado mundial). La teoría de la dependencia acompañaba estos esfuerzos. Surge ya en los años 50 en la CEPAL, pero su nombre viene de los años 60, cuando el sentido de dependencia se generaliza en AL. (organismos internacionales, gobiernos, organizaciones populares y las academias). Se habla de la dependencia, porque se la experimenta al buscarla.

Los procesos de integración en este período son impregnados por esta política de industrialización y se ve la integración como un camino hacia la independencia. 1968 se funda el Pacto Andino (Chile, Perú, Ecuador, Colombia y Venezuela). Su elemento central es la defensa frente al capital extranjero (limitación de las transferencias de ganancias, promoción del desarrollo técnico). La CEPAL lo había impulsado. El Mercado Común Centroamericano tiene una dirección parecida. La fundación del Banco Centroamericano (BCIE) busca amortiguar el impacto de los sistemas crediticios sobre América Central. Todos los esfuerzos de integración económica intentan, fundar aranceles comunes hacia el exterior y fomentar una industrialización complementaria entre sus miembros. Eso también es la meta del ALALC, organismo de integración más débil que se haya fundado.

Estos esfuerzos se desvanecen con la crisis de la industrialización por medio de la substitución de importaciones. Algunas de sus razones son:

1. En los años sesenta la industria sigue creciendo con tasas altas, pero el crecimiento es por productividad. Pierde dinámica en cuanto fuerza de trabajo. Tendencia a la baja de los salarios.
2. La producción agrícola absorbía todavía la mayor parte de la fuerza de trabajo. Al ser tecnificada, esta fuerza de trabajo es expulsada, pero al migrar a la ciudad, la industria deja de absorber trabajo adicional. Estallan barrios marginales, donde se ubica a la población expulsada de la división social del trabajo.
3. Las nuevas substituciones son de alta tecnología, por tanto, por inversiones directas del capital extranjero. No se genera un capitalismo nacional (independiente). El capital extranjero hace transferencias de tecnologías, pero no impulsa un desarrollo tecnológico en el país afectado.
4. El capital industrial extranjero participa solamente marginalmente en el esfuerzo exportador, se orienta preferentemente al mercado interno. Cuanto más domina, más la industria deja de generar divisas. Las exportaciones de tipo tradicional no pueden seguir a la dinámica industrial y se produce una escasez de divisas. Resulta la deuda externa, que se explica por las transferencias de ganancias, sobre todo del capital extranjero.

b. Las dictaduras de Seguridad Nacional y la economía de exportación.

La economía de exportación sustituye a la economía del desarrollo. El primer caso es Chile después del golpe militar, sobre todo entre 1976 y 1980.

En este nuevo tipo de economía, el esquema anterior de integración económica pierde su sentido. 1976 Chile abandona el Pacto Andino, que pierde todo su vigor. En este mismo tiempo se desintegra el Mercado Común Centroamericano.

Se deja de hablar de desarrollo - en el lenguaje de los reaganomics ni existe ya esta palabra. Lo sustituye el lenguaje del mercado y de su apertura. En América Latina se habla de neo-liberalismo, aunque en realidad no es estrictamente idéntico. A partir de 1982, con la crisis de la deuda externa, se generaliza la economía de exportación. Es ahora extendida por toda América Latina. Resulta ser una economía del pago de la deuda. Sin embargo, el caso de Chile comprueba, que la deuda externa no es la razón del cambio, sino la palanca que permite imponerlo homogéneamente al continente, y hasta al Tercer Mundo en general. El mismo proceso se da hoy en Europa oriental.

No se habla más de dependencia, pretendidamente, porque la teoría de la dependencia haya resultado equivocada. Sin embargo, ahora había sometimiento total, dependencia total, ya no se permitía hablar de dependencia. De hecho, la teoría de la dependencia de los 60 atestiguaba, que todavía había espacios para la independencia. Se deja de hablar de dependencia, cuando esta es completa (ver el caso de John Biehl, en Costa Rica 1988). Al buscar el sometimiento total y al aceptarla, interiorizándola, se deja de percibir la dependencia. Por tanto, se trata de prohibir, hablar de ella.

La economía neoliberal - de exportación y pago de la deuda externa - no soluciona la crisis de desarrollismo, sino la extremiza. Disuelve junto con la cancelación de la política de industrialización una buena parte de las industrias nacionales nacidas. El pago de la deuda paga "ayudas" del desarrollo, y para pagarlas, destruye el desarrollo financiado con estas ayudas. Renuncia a una política de exportación industrial, sino vuelve a la exportación de tipo tradicional anterior (aunque lo llame exportación no-tradicional en el caso, que un producto no haya sido exportado en los años anteriores. En Costa Rica hasta el cacao se trataba como exportación no-tradicional, siendo el cacao un producto originario de México y América Central).

Se renuncia igualmente al Estado de bienestar y sus reformas: en lo que se puede, se privatiza la salud, la educación, la vivienda, propiedades agrarias tradicionales, comunitarias o producto de reformas agrarias anteriores. No se busca más un crecimiento económico capaz de arrastrar la fuerza de trabajo entera para integrarla en la economía del país, sino la política neoliberal se declara no-responsable por la suerte de los expulsados y marginados. Se los culpa más bien por su fracaso.

Sin embargo, el neoliberalismo sigue considerando el crecimiento económico como la clave de la economía, en nombre de la eficacia. Se trata de un crecimiento derivado de la dinámica de las exportaciones de tipo tradicional, mientras la política de apertura de mercados renuncia de hecho a la industrialización y, por tanto, a una dinámica de las

exportaciones derivada del crecimiento industrial. Parcialmente se industrializa exportaciones, pero no se crea industrias.

Resulta un nuevo esquema de la integración económica, que esta vez es mejor descrito como "zona de libre comercio". La libertad de movimiento de las personas es siempre más restringida, mientras se introduce la libertad de movimiento absoluta para las mercancías y el capital. Mientras el esquema anterior era una integración para crear espacios para una industrialización autónoma en relación a los países industrializados (se compara la integración con las gallinas, que se juntan par no dejar entrar al zorro), la integración ahora crea una zona de libre comercio para países industrializados, que arrasan a los países integrados precisamente en nombre de la integración. Las zonas de libre comercio son areas de influencia de las potencias económicas constituidas (ahora se la podría comparar con gallinas, que son organizadas por el zorro: todos los días un pollito).

Hay intentos de integración autónoma, pero chocan ahora tanto con la posición de Estados Unidos como con los intereses de las clases dominantes internas. Pero eso son muy frágiles. (el Mercomún, pero también el intento de revitalizar el Mercado Común Centroamericano sobre la base de una integración política de América Central, impulsada por la Comunidad Europea, de la cual Costa Rica hasta ahora se excluyó). Como comparación, habría que discutir la Comunidad Europea como espacio integrado económica y políticamente. Se trata de una integración, que da movilidad de la fuerza de trabajo, por tanto, obligatoriedad de una solidaridad de todos los participantes. Las zonas de libre comercio, en cambio, quitan e impiden precisamente la libertad de movimiento de los seres humanos. Cautivando a los seres humanos, liberan a las mercancías y al capital.

El resultado es:

1. Crecimiento económico limitado a lo que se deriva de exportaciones de tipo tradicional.
2. El libre comercio hace imposible el surgimiento de una industria capaz de competir en el mercado mundial.
3. La expulsión de una gran parte de la población de cualquier posibilidad de ser incluida en el sistema económico
4. La renuncia a la creación de un consenso democrático basado en la satisfacción de las necesidades de todos.
5. La necesidad de quebrar a las organizaciones populares y la destrucción del Estado capitalista de reformas sociales.

Estos resultados hacen visible, que la política neoliberal no soluciona de ninguna manera los problemas del desarrollismo y del desarrollo por sustitución de importaciones, sino está profundizando la crisis de desarrollo, a la cual no respondió.

II. De la democracia del consenso a la democracia de Seguridad Nacional.

La democracia liberal es autoritaria hasta el siglo XX (voto clasificado, esclavitud, separación de razas) La democracia liberal de masas surge en el siglo XX, muy reciente. Funciona como Estado de bienestar desde la II. Guerra Mundial. Se funda sobre un consenso democrático basado en la satisfacción de las necesidades de todos (como tendencia).

Al romper la economía neoliberal este consenso, no puede seguir con la democracia liberal de masas. Se instala con dictaduras de Seguridad Nacional. Posteriormente, en los años ochenta, se democratiza con gobiernos, que siguen afirmando los esquemas de Seguridad Nacional. Se separa democracia y derechos humanos (derechos humanos son definidos como derechos de propiedad: sobre cosas, sobre los propios pensamientos, sobre el propio cuerpo. Excluyen solidaridades). Tortura, desapariciones resultan ahora compatibles con la democracia, esta se independiza de los derechos humanos clásicos. Se trata de democracias de Seguridad Nacional. Un caso extremo es la democracia hondureña. En Honduras durante el período de las dictaduras militares se respetaba en alto grado a los derechos humanos. Con la democratización de Honduras, a partir de 1980, empezó la política de Seguridad Nacional y, por tanto, la violación sistemática de los derechos humanos, con desaparición de personas, tortura sistemática, cementerios clandestinos etc. Sin embargo, la opinión pública no dudaba, que se había democratizado el país.

Ideológicamente se basan en la negación de cualquier alternativa, de la esperanza. Es sociedad que sostiene, que no hay alternativa para ella. Estabiliza las sociedades por la desesperación, a diferencia de las décadas de 50 y 60, que estabilizaron por esperanzas (muchas veces falsas).

Para eso ha sido básico el colapso del socialismo histórico. El socialismo histórico - un tipo de sociedad de bienestar - colapsa en el mismo momento, en el cual colapsa el capitalismo de reformas en América Latina (y en EE.UU., con la tendencia al colapso en Europa occidental). La negación de cualquier alternativa - la desesperanza - convence. Sobre ella se basa la legitimidad de la democracia de Seguridad Nacional. Toffler describe la situación:

"El nuevo imperativo económico está claro: Los suministradores de ultramar en los países en desarrollo o alcanzan con sus tecnologías los estándares de la velocidad mundial, o se los va a cortar brutalmente de sus mercados - los muertos caídos del efecto de aceleración...

Eso es la economía rápida de mañana. Esta nueva máquina de bienestar acelerativa y dinámica es la fuente de los adelantos económicos., Como tal es igualmente la fuente del gran poder. Estar desconectado de ella significa estar desconectado del futuro. Eso es el destino de muchos de los actuales "LDCs" o "países menos desarrollados"....

Dado que que el principal sistema mundial para producir riqueza se acelera, los países que quieren vender tendrán que operar a la velocidad de aquellos que pueden comprar.

Eso significa, que las economías lentas tendrán que aumentar la velocidad de sus respuestas o perder contratos e inversiones o caer completamente fuera de la carrera."¹

La cultura de la desesperanza y la guerra psicológica.

Eso es el trasfondo de la cultura de la desesperanza. Penetra hoy toda nuestra cultura, no solamente la cultura popular. Además, no es la cultura popular. La cultura de nuestra sociedad trabaja, para que eso sea la cultura popular, y tiene muchos logros en esta dirección. Es esta misma cultura de la desesperanza, que penetra a los grupos dominantes, para definir su respectiva cultura antipopular: es la cultura del heroísmo del suicidio colectivo. No hay duda que está reapariciendo. La vuelta de Nietzsche y de Ernst Jünger como sus clásicos, Jorge Luis Borges, Vargas Llosa, Octavio Paz como representantes presentes.

En los sectores populares la cultura de la desesperanza promueve la anomia, deshace las relaciones humanas, promueve el crimen. La misma droga es parte del fenómeno.

Las organizaciones de clase o revolucionarias, los movimientos de cambio, la orientación hacia una nueva sociedad, surgieron de la cultura de esperanza de los años 50 y 60. Formularon la esperanza o la manipularon, sin embargo, se basaron en ella. La destrucción casi general de los movimientos populares y del Estado de reformas (intervencionista) acabaron con esta cultura, logrando una gran fuerza de convicción a partir de la crisis del socialismo en Europa oriental. La cultura de desesperanza se basa en la tesis, de que no hay alternativa. Se puede solamente administrar un caos y una anomia, que son sistemáticamente producidos.

Se ha descubierto, que no solamente la organización de la esperanza da estabilidad, como ocurrió en los años 50 y 60. Aparentemente, hasta es más estable la cultura de la desesperanza. Cuanto más se profundiza la desesperanza, menos oposición hay, porque no se le puede dar sentido a una oposición. Se desmoronan las relaciones sociales, pero con ellas se desmorona la misma personalidad de la gente. Se pueden destruir entre ellos, pero no pueden cambiar nada. La cultura de la desesperanza no deja surgir proyectos, porque nadie los formulará, si nadie cree en la posibilidad de una alternativa al desmoronamiento.

Destruyendo la esperanza, la anomia resultante es políticamente estable. América Central ha sido estabilizada por las guerras y por el terrorismo del Estado. América del Sur es tan estable como nunca, y lo es por el terrorismo del Estado, sea actualizado o en retroceso, pero visiblemente dispuesto a volver. En el lugar de la esperanza aparece un "sálvese quien pueda", el "después de nosotros el diluvio", en el cual cada uno trata de salvarse por impedir que otro se salve.

De esta manera surgen democracias, cuyos gobiernos no son soberanos en ningún sentido. La soberanía la tienen los centros del terrorismo del Estado, frente a los cuales

¹ Toffler, Alvin: Tofflers next shock. A dramatic 'powershift' is coming, and all nations face one inescapable rule - survival of the fastest. World Monitor. Nov. 1990, p.38

los gobiernos elegidos luchan por una autonomía relativa. Pero este terrorismo del Estado no desestabiliza, sino estabiliza. Cuando en 1989 en Uruguay había el plebiscito por la amnistía para los militares, la amenaza de su vuelta aseguró la mayoría de los votos en favor, a pesar de que probablemente la mayoría estaba en contra. Donde fallan las elecciones, como en la última elección presidencial de México y de la República Dominicana, se organiza, con el apoyo de todas las democracias occidentales, el fraude. Este fraude estabiliza, porque se sabe, que no hay alternativa. En las elecciones siguientes votarán, como se les pide. Si no, hay otro fraude.

Los gobiernos no se responsabilizan ni pueden responsabilizarse por las acciones de sus organismos represivos. Estos son soberanos frente a los gobiernos. Cuando las fuerzas militares asesinaron a toda una comunidad de Jesuitas en San Salvador, el gobierno no se sintió responsable y nadie lo responsabiliza, siendo El Salvador una democracia occidental.

Para esta guerra psicológica, cuyo centro es provocar desesperanza, la impunidad de los crímenes de los militares es central. Promueve decisivamente esta sensación, de no tener derechos garantizados, de no ser persona frente a un Estado, que, aunque democrático, sigue siendo terrorista.

Dentro de esta estabilidad por la propagación de la anomia, las rebeliones se transforman también en movimientos irracionales, que al fin no tienen sentido. El Caracazo en febrero de 1989 fue un movimiento sin destino, que terminó por una masacre de miles por la mano militar. Miles de muertos no conmueven y ni hacen noticia.² Eso se repitió con la intervención militar en Panamá.

Los pueblos, en cuanto pasan a la desesperanza, se entregan como víctima, o reventan en una erupción, cuya represión ni deja huellas. Pero hagan lo uno o lo otro, a falta de una esperanza de liberación se mueven cerca de la acción suicida, que es contrapartida del heroísmo, o del suicidio colectivo de las clases dominantes. Las democracias no desarrollan ninguna cultura democrática, sino de prepotencia. No se puede perder elecciones, porque el poder no está por ser elegido. Los gobiernos administran poderes despóticos, internos y extranjeros, a los cuales no pueden controlar, sino que controlan a ellos.

La cultura popular tiene hoy esta cultura de la desesperanza como su trasfondo. En ella y frente a ella se tiene que desarrollar. Eso hace, que hoy está más bien impregnada por organizaciones, que no representan ningún poder de negociación. Las clásicas organizaciones populares como sindicatos, cooperativas, vecindades, han pasado a un segundo plano y tienen muy poca voz. Casi no hay huelga, que no termine con muertos. En lugar de estas organizaciones, aparecen en el primer plano ahora organizaciones de defensa de derechos humanos, comunidades eclesíásticas, acciones simbólicas como las madres de la Paza de Mayo. Son intentos defensivos para limitar el terrorismo del Estado, que sigue siendo el primer poder político en América Latina.

² ver: Pedrazzini, Sánchez R, Magaly: Nuevas legitimidades sociales y violencia urbana en Caracas. Nueva Sociedad. Nr. 109, Sept-oct. 1990. p.23-34

Donde la cultura popular no se entrega simplemente a la cultura de la desesperanza, es cultura de víctimas, que se resisten, a aceptar, que la culpa la tienen ellas. Es sobrevivencia de dignidad, no de poder. Es la última barrera que se defiende antes de caer de la desesperanza en la desesperación.

a. ¿Alternativas?

La economía neoliberal con su principalismo deductivo hace de la competitividad en los mercados su máximo y único criterio. A partir de él condena a la muerte y se desentiende de la suerte de los expulsados y marginados, pero igualmente de la naturaleza. Esta competitividad condiciona el proceso de crecimiento, y este se transforma en su expresión. Tener crecimiento, comprueba la competitividad. Asegurado el comercio libre, nadie puede comprar o vender sino a condición de la competitividad.

Pero siempre menos la competitividad y el crecimiento correspondiente pueden asegurar la inclusión de todos en el proceso económico. No tienen un arrastre, que implique trabajo para todos e ingresos mínimos asegurados para todos. Cuanto más aumenta la complejidad tecnológica, más son excluidas las economías atrasadas de la posibilidad de alcanzar este nivel. Y siempre más las condiciones del medio ambiente restringen la posibilidad de participación en la carrera de crecimiento.

De esta manera, la economía neoliberal subvierte la vida humana y de la naturaleza. Olvida, que un trabajo, que no produce en competitividad, sigue siendo un trabajo, y un producto producido en condiciones no competitivas sigue siendo un valor de uso. Trigo producido no-competitivamente alimenta, y un abrigo no-competitivo calienta. Si no se puede producir en condiciones competitivas, hace falta, producir en condiciones no-competitivas. Si hay alternativa, debe ser buscada por allí.

Eso no es la vuelta al desarrollismo, porque este a pesar de todo suponía un crecimiento económico capaz de arrastrar a toda la fuerza de trabajo para sustentar así su Estado de bienestar. Esta ilusión se perdió. Tanto por la imposibilidad de alcanzar el nivel tecnológico de los países industrializados de hoy, como por la razón de la limitación de los recursos naturales, ya no es posible soñar con este tipo de solución.³

³ Estas afirmaciones se encuentran muy afin con el último informe del Club de Roma, con el título: La revolución global. (The First Global Revolution.) (1991) El informe insiste:

"Evidentemente, problemas globales no se pueden solucionar sólo por una economía del mercado, si estos exigen un enfoque a largo plazo o si se trata de problemas de la distribución. Además, aquellos problemas, donde se trata de energía, medio ambiente, investigación básica o el trata equivalente (fairness) no pueden ser solucionados únicamente por el mercado. - Estos problemas solamente pueden ser enfrentados por la intervención del Estado, que se basa en procesos políticos y que usa muchas veces mecanismos de mercado como instrumentos de una planificación estatal."

"Las fuerzas que operan en el mercado pueden tener efectos colaterales peligrosos, por el hecho, de que no se basan en el interés de todos."

"...el concepto (de una economía sostenible a largo plazo) es utópico, pero vale la pena seguirle el paso. La sociedad sostenible jamás podría resultar de una economía mundial, que confía exclusivamente en las fuerzas del mercado, aunque estas sean importantes para mantener la vitalidad y la capacidad inovativa de la economía. Como ya mencionamos, las fuerzas del mercado sólo reaccionan a señales de corto plazo."

No podemos indicar más que algunas líneas, en las cuales hay que pensar una posible salida. Hace falta:

1. relativizar el rol de la competitividad.
2. crear espacios de desarrollo, donde el empleo y la distribución adecuada de ingresos no se espera más de un efecto indirecto del crecimiento económico.
3. integrar el crecimiento económico con la naturaleza.

Espacios económicos capaces de solucionar esta tarea, imponen un nuevo tipo de integración económica, que ni la Comunidad Europeo, ni la integración económica desarrollista y menos la actual integración por zonas de libre comercio han experimentado. Pero se trata de una tarea de sobrevivencia de la humanidad.

b. La utopía y el arte de lo posible.

Hoy cualquier alternativa es imposible. Eso es así, porque hay poderes capaces para destruirlas y decididos a hacerlo. Por tanto, si orientamos un proyecto de liberación según estos criterios de poder, no se puede hacer nada. Efectivamente, no hay alternativa. Hay ejemplos claros. La Unidad Popular en Chile fue derrocada, el Frente Sandinista en Nicaragua cayó como resultado de una guerra sangrienta desatada por el imperio y por un bloqueo económico indiscriminado. Cuba trata todavía de seguir existiendo, pero desde más de 30 años vive un estado de sitio impuesto por el imperio, que nunca ha sido tan apremiante como hoy lo es.

Cualquier proyecto de liberación hoy se enfrenta a esta imposibilidad. Si la política como el arte de lo posible fuera la adaptación a este tipo de imposibilidades, la política excluiría la búsqueda y realización de alternativas. Sería un simple saber oportunista, como hoy en gran parte de América Latina efectivamente es. Pero política es realismo y realismo es, hacer posible lo imposible. Por eso es arte. Es dar cuenta de la posibilidades abiertas para hacer posible lo imposible y para realizarlo. Para que la política sea realista, no debe ser Realpolitik,⁴ sino transformación de la realidad.

Eso ya muestra, que cualquier política está necesariamente enfrentada a la problemática de lo imposible. Como Realpolitik constata imposibilidades, para imponerlas o para adaptarse a ellas. Es Realpolitik del imperio dominante y de sus súbditos. Como realismo en política, transforma imposibilidades en posibilidades. En este sentido, persigue un proyecto político, y su perspectiva es liberación. Pero también esta política choca con imposibilidades, que ninguna acción humana puede transformar en posibilidades. Se enfrenta por tanto a lo utópico.

Citado según la edición alemana, con traducción del autor. "Die globale Revolution". Bericht des Club of Rome 1991. Spiegel Spezial. Hamburg, 1991

⁴ Desde Bismarck se habla de Realpolitik, y especialmente Kissinger se fascinaba con ella. Es la imposición de parte del poder dominante - con sangre y fuego -, de los límites para cualquier política de alternativas de parte de los otros, para que se ajusten a las posibilidades, que el poder deja abiertas.

Bajo el punto de vista del realismo en política, lo utópico describe aquellas metas, que no se podrían realizar ni con el acuerdo unánimo de toda la humanidad. Se trata por tanto de un imposible más allá de la acción humana como tal, que ninguna política puede hacer posible, sea ella como sea. Se trata de metas, que trascienden la realidad humana como realidad quebrantada y contingente, como condición humana. Es parte de la sabiduría en política, discernir a tiempo aquellas metas de imposibilidad transcendental, porque ninguna teoría empírica las puede deducir. Se trata de metas coherentes y hasta deseables, que sin embargo se escapan a la acción de una manera tal, que el intento de realizarlas destruye las posibilidades de alcanzarlas. Son metas de la plenitud humana, que contienen todos los valores humanos en su estado puro y definitivo.

La imposibilidad, que la política transforma en algo posible, es otra. No es utópica, sino es algo, que todavía no hay, pero que puede haber. Si lo utópico se define por metas, que ni con acuerdo unánime de todos la humanidad pueden ser hechas posible, el proyecto político se refiere precisamente a aquellas metas, que pueden ser posibles, si todos llegan al acuerdo de hacerlas posibles. Su imposibilidad se debe a la interposición de un poder dominante, que no admite la realización de tales metas o proyectos y que susa todo el poder, para impedirlos. Esta posición del poder dominante, y el sometimiento a él, se llama Realpolitik.

La Realpolitik actua en nombre de utopías y las usa, para bloquear cualquier alternativa que podría surgir frente al poder dominante. Visiblemente hoy el utopismo del pensamiento neoliberal es la referencia de legitimación de la Realpolitik del imperio. Cuando Reagan llama a EEUU "la ciudad, que brilla en la cima de la colina", le pone a este utopismo su brilla mítico-religioso del milenio logrado. Es la reivindicación del poder absoluto, que sostiene su legitimidad precisamente en forma utópica. Sin embargo, la relación con la utopía en este caso es necesariamente la de la "dialéctica maldita". Usos análogos de la utopía los encontramos en el Nazismo con su respectivo "Reich milenario" o "Tercer Reich" y también en el uso de la utopía del comunismo de parte de Stalin. Irremediamente aparece la misma "dialéctica maldita". Realpolitik es utopismo. Por eso se enfrenta siempre a su respectivo "Reino del Mal", presentándose a sí mismo como "societas perfecta". Como tal sociedad perfecta, por supuesto, sostiene, que ningún cambio es ya necesario, porque todo destino humano es desde ya incluido en la perpetuación de esta "societas perfecta". Es "fin de la historia", y siempre se ha presentado como tal. Tantos fines de la historia ya nos han tocado, pero siempre viene uno nuevo. Ninguno lo es.

El realismo en política, sin embargo, es transformación de estas imposibilidades utopizadas en posibilidades. Es proyecto político y por tanto liberación de estas sociedades perfectas con sus utopismos respectivos. Por eso es realista, querer un mundo, en el cual todos pueden vivir. Los que destruyen este mundo son aquellos, que se niegan a un proyecto, que haga posible, que todos pueden vivir. Son aquellos, que pretenden hacer imposible este mundo, en el cual todos pueden vivir.

Ciertamente, también el realismo en política está expuesto constantemente al problema utópico. No se sabe a priori, cuales metas podrían resultar utópicas o no. No hay seguridad, que pueda sustituir la necesaria sabiduría. No hay criterios técnicos. Donde se pretende sustituir la sabiduría política imprescindible, allí aparece la Realpolitik con su utopismo y su pretensión de algún fin de la historia.

Un realismo en política resulta precisamente al saber discernir metas utópicas de aquellas metas imposibles, que la política debe transformar en posibilidades. Ciertamente, aquí la utopía adquiere un significado diferente de lo que la Realpolitik le da. La Realpolitik la da por asegurada tanto para el presente como para el futuro. Habla mucho de la contingencia del mundo y del ser pecador el ser humano, pero cree tener en su "societas perfecta" la palanca, que le permite a ella estar completamente por encima de esta misma contingencia. Ningún realismo político podría jamás sostener algo así. Para un realismo político la utopía se transforma en fuente de inspiración, en referencia del juicio, en reflexión del sentido. Es algo, que se hace presente mediante la acción política realista, sin pretender acercarse a su realización definitiva o calculadamente disponible. Es, como hoy se dice muchas veces usando una palabra de Kant, "idea regulativa".⁵ Solamente así se puede asegurar, que la utopía no vuelva a desembocar en alguna "dialéctica maldita", para ser fuente de vida y de esperanza.

⁵ Ver especialmente la ética del discurso de Apel y Habermas. ver Apel, Karl-Otto: Ist die Ethik der idealen Kommunikationsgemeinschaft eine Utopie? Zum Verhältnis von Ethik, Utopie und Utopiekritik. (¿Es la ética de la comunidad ideal de comunicación una utopía? Sobre la relación entre ética, utopía y crítica de la utopía. In: Voßkamp, Wilhelm (Hrsg): Utopieforschung. Interdisziplinäre Studien zur neuzeitlichen Utopie. (Investigaciones sobre la utopía. Estudios interdisciplinarios sobre la utopía en el tiempo moderno). Suhrkamp. Frankfurt, 1985. 3Bd. Erster Band.